

de la caballeria de Ortiz. El camino atraviesa los llanos de Silao. Cuando lo estaba cruzando, entre la ciudad de aquel nombre y la Villa de Leon, encontró un cuerpo de doscientos hombres de la caballeria enemiga. Mina con su acostumbrado valor y actividad, entró en accion y en pocos minutos hizo huir a el enemigo, haciendole mucho daño. Los realistas perdieron a su comandante que fue echado del caballo abajo con un lazo* y muerto por los patriotas.

Mina al entrar en Los Remedios, halló al P. Torres mui ocupado en fortificar aquel punto, aprovisionarlo, y hacer todos los preparativos de defensa para el sitio que los realistas debian ponerle, segun lo habian dicho, inmediatamente despues de haber tomado el fuerte del Sombrero. Mas no habia hecho nada de lo que habia prometido y de lo que hubiera debido hacer para socorrer el Sombrero. Los refuerzos que hubiera podido enviar, dirigidos por Mina, hubieran frustrado los planes de los realistas y probablemente le hubieran sido mui funestos. A instancias de Mina, el P. Torres dió orden a algunos comandantes patriotas de presentarse inmediatamente con su gente en Los Remedios, mas estas disposiciones no podian ser de ninguna utilidad al fuerte del Sombrero, por que mientras estas tropas se estaban reuniendo, llegó a Los Remedios la noticia de la toma de aquel fuerte. Este suceso contristó sobremanera al general. No podia disimular el dolor que le causaba la perdida de tantos valientes compañeros, ni su indignacion por la conducta que en tan críticas circunstancias habia observado Torres. Conservó,

* Los megicanos son sumamente diestros en el uso del lazo, con cuyo medio se apoderan del ganado y someten los toros mas indomitos. Se ha usado esta terrible arma en la guerra y no hai ginete que sepa defenderse del lazo, por mui fuerte y diestro que sea.

sin embargo, su acostumbrada serenidad, conociendo que el desaliento y las reconvencciones podian tener deplorables resultados.

Algunos pocos de los oficiales y soldados de Mina llegaron a Los Remedios, y por ellos supo los pormenores de aquella castastrofe, mas ignoraba cuan grande habia sido la perdida total. Despachó a muchas personas para que buscasen a los extranjeros de la division que no habian podido incorporarse con el y los condugesen a Los Remedios. Solo se pudieron recoger treinta y uno, y sin embargo todavia conservaba el general algunas esperanzas de que los que faltaban, se hallarian con la caballeria de Ortiz.

Tambien se supo en el fuerte que Liñan envanecido con su ultima victoria, se acercaba a el, con animo de atacarlo. La opinion general era que esta operacion seria el termino de la carrera de aquel gefe, por hallarse el fuerte en un buen pie de defensa y por haberse hecho los preparativos necesarios para una resistencia tenaz.

El fuerte de Los Remedios, llamado por los realistas San Gregorio, estaba colocado en una corta y escabrosa linea de elevaciones, que se alzan perpendicularmente en las deliciosas llanuras de Peajamo y Silao, en la provincia de Guanajuato. Dista de la ciudad de este nombre, por la parte de Sud Sud Este, cerca de doce leguas; del Sombrero, por la del Sur, cerca de diez y ocho, y de Peajamo cuatro, por la del Este Nord Este. De la llanura, el camino sube por los declives del monte, y a veces por cuestas mui pendientes, hasta la mayor altura del fuerte, llamado Tepeaca, recorriendo un espacio de cerca de dos millas. Allí se inclina el monte, dejando un espacio profundo en su falda, hasta otra estremidad, en que está colocado otro fuerte llamado Pansacola. La subida no

estaba fortificada por la naturaleza ni por el arte, hasta llegar a un punto llamado La Cueva, a un tercio de la cuesta, y de allí continúa el camino, hasta Tepeaca, por una subida difícil, estrecha, y, en varias partes sumamente empinada. A la izquierda de La Cueva, la altura está limitada por grandes precipicios, hasta pocos pasos de distancia de una pequeña obra llamada Santa Rosalia. Desde el fin de este precipicio hasta Tepeaca, había un muro de tres pies de ancho. Entre estos dos puntos la subida no era muy difícil, y de allí a Pansacola estaba defendida por una serie de colinas altas y escabrosas. En este último punto había un paso estrecho que conducía al fuerte principal, y este paso, rodeado de precipicios, era, por esta razón, harto peligroso. Por fin todo el fuerte, excepto la entrada a Pansacola y la parte de la derecha del camino que subía a Tepeaca, en la proximidad de la obra de Santa Rosalia, estaba rodeado de hondos despeñaderos y de barrancas profundísimas cuya anchura no bajaba de trescientas varas. Solo por estos puntos y por La Cueva se podía entrar en el fuerte. En La Cueva, donde la cuesta que iba al castillo, no tenía más que treinta pies de ancho, se había cortado el camino por medio de un muro en que se habían colocado dos cañones. La obra de Santa Rosalia era una batería de media luna, que dominaba el muro, hasta otra batería llamada La Libertad. Aquí había dos cañones que enfilaban el camino de Santa Rosalia. Sobre La Libertad había una batería con un cañón y más arriba la de Santa Barbara, con dos cañones que dominaban las otras obras. Tepeaca, con dos cañones, coronaba este sistema de fortificación, dominando el barranco y las alturas de la parte opuesta, mas no las obras del fuerte, por ser demasiada su elevación. Por la parte más débil de Pansacola se había establecido un parapeto

para la infantería, que podía ser defendido por un pequeño número de hombres, a causa de la dificultad de acercarse por cualquier lado.

Enfrente de Pansacola, había una altura que dominaba toda aquella parte, y otra superior enfrente de Tepeaca: mas el P. Torres y el coronel Noboa que la habían examinado fueron de opinión que era imposible colocar allí artillería siendo asperísimo el camino. Últimamente, el fuerte parecía inespugnable, tanto por sus naturales ventajas, como por el partido que el arte había sacado de ellas.

Dentro del fuerte y cerca de Pansacola, había un pozo que nunca se había agotado, ni aun en las estaciones más secas. También había un copioso arroyo, que corría por la barranca a la izquierda del fuerte y que bañaba la base de los precipicios. Esta corriente, durante la estación de las lluvias y dos o tres meses después, llevaba considerable cantidad de agua. Por consiguiente, parecía imposible que la guarnición careciese de esta importante provisión. La de viveres era abundantísima, como también las municiones almacenadas. La guarnición constaba de 1500 hombres, trescientos de los cuales habían sido disciplinados por el coronel Noboa y se hallaban en buen estado. Las otras tropas, aunque sin disciplina, eran valientes.

Cuando Mina llegó al fuerte, la fortificación era muy defectuosa, mas se mejoró notablemente con la ayuda de sus tropas y de 1400 paisanos que se tomaron con este fin. Todos los habitantes del fuerte, incluso los trabajadores, las mugeres y niños no bajaban de tres mil.

Como el enemigo nunca pudo tomar el fuerte del Sombrero por asalto, era muy probable que tampoco tomaría esta fortaleza, que presentaba muchos más obstáculos que aquella. Para reducirla por hambre era necesario más tiempo que el que el enemigo podía dedicar a esta

operacion. Por todas estas razones se creia que podia sostener un sitio de doce meses.

Hemos entrado en estos pormenores descriptivos de Los Remedios, para hacer ver que el P. Torres hubiera debido unirse allí con Mina desde el principio, si hubiera obrado con el patriotismo que se necesitaba para salvar la causa que defendia. En lugar de tomar esta medida, lo indujo a permanecer en el Sombrero, prometiendole continuamente refuerzos y provisiones, hasta que la division fue totalmente destruida. El lector podra juzgar la conducta del P. Torres y calcular los efectos de un sistema contrario al que siguió con respecto a Mina. Volvamos a nuestra narracion.

Torres y Mina determinaron que el primero mandaria en la fortaleza y el segundo, con un cuerpo de caballeria, incomodaria al enemigo, le interceptaria las comunicaciones y le estorvaria recibir auxilios. Liñan, en virtud del golpe que habia dado en el Sombrero, podia atacar a Los Remedios con un aumento considerable de tropas: y en efecto el 27 apareció una de sus divisiones enfrente de la plaza.

Mina salió del fuerte con 900 hombres de caballeria, afin de egecutar el plan de que hemos hecho mencion. Quiso llevarse a todos sus oficiales, pero cedió a las instancias de Torres, que deseaba tenerlos en la plaza, y solo llevó consigo a su ayudante de campo. Es cierto que aquellos oficiales eran de mucha importancia para la defensa, pero tambien lo es que hacian mucha falta al general, pues con ellos habia mas probabilidad de llevar adelante su empresa que con los oficiales patriotas, cuyo caracter y merito le eran totalmente desconocidos. Quizas no hai una circunstancia en toda la carrera de Mina que mas haga ver su indole generosa y magnanima, que esta docilidad a las instancias de Torres, despues del modo con

que este se habia portado, durante el sitio del Sombrero. Iba a entrar en campaña con un cuerpo de tropas indisciplinadas, sin la menor sombra de orden, sin confianza en ellas y en epoca en que mas necesidad tenia de oficiales habiles y experimentados. Como quiera que sea, estaba resuelto a hacer cuanto le fuese posible, y se consolaba con la esperanza de que sus compañeros contribuirian eficazmente a frustrar todos los planes del enemigo.

El general se encaminó a Tlachiquera, hacienda inmediata al punto que ocupaba Ortiz, en las alturas de Guanajuato, a diez leguas al Norte de esta ciudad, por el camino de los montes. Habia dispuesto que D. Encarnacion Ortiz se reuniese con el en la Hacienda, y allí esperaba hallar a los oficiales y tropa de su division, que segun creia habian sobrevivido a la toma del Sombrero.

Ya hemos hablado de las disposiciones que se creyeron oportunas para la defensa, bajo las ordenes del P. Torres. Ahora es necesario describir particularmente las tropas que Mina mandaba, para manifestar las grandes desventajas con que tenia que luchar.

En las primeras epocas de la revolucion, como ya lo hemos dicho en los capitulos anteriores, hubo ocasiones en que algunas divisiones habian llegado a cierto grado de disciplina y regularidad, bajo las ordenes de Morelos, Matamoros, los Rayones, Teran, Victoria y otros distinguidos gefes patriotas. Si la causa de la libertad habia perdido tanto terreno, unicamente se debia a la falta de armonia entre ellos.

En las epocas posteriores, escasearon los hombres habiles y experimentados. Los comandantes no solo eran hombres sin instruccion, sino que habian abrazado la causa de la independenciam, como una especulacion mas provechosa a sus intereses que a los de la patria. Ellos y sus satelites disipaban los fondos que debian haber sido

aplicados al pago y equipo de las tropas. Como no habia autoridad que refrenase su codicia, se habian enriquecido impunemente. Permitiase a los soldados que viviesen en sus casas, y solamente se les llamaba en las grandes urgencias. Cuando se reunian, cada hombre estaba vestido segun su gusto y facultades. El soldado no recibia paga, sino cuando estaba en actual servicio, y entonces se le daban dos reales diarios, con lo cual tenia que mantenerse. Los domingos se juntaban en un pueblo para oír misa, y para recibir, cuando lo tenian por conveniente los comandantes, un sombrero, una camisa, y un duro o dos, no a cuenta de la paga, pues no habia estados ni se llevaba cuenta, sino como una gratificacion. Muchas veces toda su ropa se reducía a una camisa, y una manta o cobertor. Las escoltas de los comandantes eran las unicas excepciones de esta regla, y estas escoltas se componian de partidas de diez a cincuenta hombres, segun las facultades y el grado del comandante. Estos eran hombres escogidos, y que se habian distinguido por su valor. Estaban bien vestidos, bien armados y montaban excelentes caballos. Formaban la guardia del gefe y con el huian cuando era necesario. Todas las tropas, excepto las guarniciones de las plazas, eran de caballeria, y a cada hombre se daba un caballo con la obligacion de conservarlo y defenderlo. Aunque se iban a sus casas, estaban constantemente alerta, y cuando el enemigo se acercaba, en lugar de unirse para la defensa comun, cada cual pensaba en ponerse en salvo. Los comandantes decian que este era el unico modo de evitar el ser derrotados, pues las continuas escursiones del enemigo no les permitirian el reunirse en masas. En cierto modo, este sistema habia llegado a ser necesario, mas era una fatal necesidad, ocasionada por el mal manejo de los comandantes, que acumulaban y disipaban los recursos del pais en ventaja propia, en lugar de

emplearlos en vestir y formar cuerpos considerables, como hubieran podido hacerlo. Cuando se trataba de congregar estas tropas, se las citaba para tal dia y tal punto, y ellas acudian si lo tenian a bien. Los soldados nombraban sus oficiales, excepto el comandante del distrito, y mui comunmente se daban los empleos de capitanes, mayores, coroneles y brigadieres, a jornaleros, arrieros y mayordomos. Habia mui pocos entre ellos que supiesen leer y escribir, y carecian de toda clase de conocimientos militares. La actividad y el valor eran las prendas que determinaban su nombramiento, y muchos de ellos las poseian en alto grado.

Entre semejantes tropas, por consiguiente, no reinaba disciplina alguna, ni arreglo militar. Incapaces de formar en linea con regularidad, y de obedecer a las voces de mando, podian considerarse como un tropel desordenado, completamente ignorante de las ventajas del concierto y de la union. No tenian idea de la confianza que inspiran al soldado el auxilio de su compañero y la simultanea egecucion de lo que manda el gefe. Mas apesar de todo, su valor natural los hacia capaces de las mas brillantes proezas. Cargaban con impetu en masas sueltas y si llegaban a penetrar la linea enemiga hacian en ella los mayores estragos. Pero si se les resistia, se desbandaban y no era posible volverlos a reunir. Peleaban como los Scitas, desatandose contra el enemigo como una tormenta y disipandose como el humo. En estas diferentes escenas, soldados y oficiales deban pruebas de gran valor personal y presencia de espiritu.

El megicano confia mucho en si mismo, cuando tiene un buen caballo con cuya ligereza y actividad pueda contar. Ni las balas, ni el numero de enemigos lo desaniman. Los oficiales atacan con brio, y sin pensar en dirigir y mandar sus propios soldados, solo aspiran a darles egemplo. Cuando se ve obligado a retirarse, por ser superior el

numero de los enemigos, el megicano en lugar de estropear su caballo, proporciona su fuga a la rapidez de los que lo persiguen, y si percibe uno o dos enemigos separados del cuerpo principal, les hace frente y los ataca en presencia de los otros. Puede asegurarse que nadie excede en valor al criollo megicano; que posee todas las cualidades necesarias al buen soldado, y que, de hombre a hombre, cuando monta un caballo de su gusto, y tiene espada y lanza que manejar, no cede a ningun otro combatiente. Mas los criollos son de poca utilidad para formar cuerpos de exercito, por falta de disciplina y de arreglo militar. A esto se deben las ventajas que han conseguido los realistas, los cuales siempre han tenido artilleria, infanteria y caballeria, regularizadas a la europea, especialmente en la epoca de que vamos hablando, cuando la suerte de la republica se hallaba en manos de el P. Torres y de sus comandantes.

Esta descripcion de los criollos no debe entenderse solo con respecto a los del reino de Megico, sino que, con algunas modificaciones, debe considerarse como el cuadro verdadero de todos los otros criollos, naturales de los paises sometidos antes al gobierno español. La excelencia nativa de su raza, su intrepidez, su resistencia en los trabajos y privaciones, su sobriedad, su sangre fria, son prendas tan apreciables en las empresas militares, que solo les falta la disciplina para ser los mas formidables guerreros, en su propio pais y clima.

Ya hemos dado un bosquejo del equipo y trage del soldado patriota. Las municiones de que usa se fabrican en el pais, en cuyo terreno abundan las primeras materias necesarias para manufacturar la polvora. Las piedras de chispa se hallan mui comunmente en los arroyos, y tan abundantes son las minas de plomo, cobre y hierro, como las de oro y plata. Tienen pues todo cuanto se requiere en la guerra. Faltanles tan solo artistas y trabajadores,

sin los cuales las producciones del pais les son de poca utilidad.

El cuerpo de 900 hombres, puesto a las ordenes de Mina, se componia de los criollos que acabamos de describir, y que podrian llamarse con mucha propiedad cosacos megicanos. El numero de oficiales de todos grados era excesivo. En un cuerpo de 250 hombres, mandado por un brigadier habia mas de 18 capitanes. En la misma compaña se usaban diferentes armas, y jamas se pudo establecer la subordinacion que las operaciones militares tan imperiosamente requieren.

Tales eran las tropas con que Mina debia obrar. Cualquiera otro hombre, en semejantes circunstancias, se hubiera desanimado, pero aunque Mina conocia el estado de desorden en que se hallaba aquel cuerpo, como habia presenciado la conducta de las tropas criollas en la accion de San Juan de los Llanos y en el ultimo ataque de la caballeria enemiga entre Leon y Silao, se imaginaba que a fuerza de perseverancia, podria corregir sus defectos.

Tubo que gastar mucho tiempo y mucha paciencia en distribuir todo el cuerpo en tres escuadrones. Los carabineros formaban la vanguardia y la retaguardia, y los lanzeros el centro. Nombró los oficiales que debian mandar estos tres cuerpos, y aunque del sobrante pensó formar una guardia de honor semejante a la que lo habia acompañado en la expedicion, no llegó a realizar este proyecto.

El capitán general D. Jose Maria Liceaga, de quien ya hemos hecho mencion, se juntó con Mina. Sus consejos y datos fueron sumamente importantes al general. Los patriotas sin embargo no estaban mui contentos con el. Habia perdido su popularidad, por su empeño en establecer un rigoroso sistema de disciplina, como sucede siempre, cu-

ando no hai disciplina establecida y cuando son desconocidas sus ventajas.

En la mañana del 30, Mina estaba cerca de Tlachiquera ; allí encontró a Ortiz, con diez y nueve hombres de la division, escapados del Sombrero. Entre estos diez y nueve habia seis oficiales. Cuando el general los divisó, apretó espuelas al caballo, y fue a su encuentro. Abrazó cordialmente a sus soldados y les preguntó con gran ansia: "¿ Donde estan los demás?" La respuesta fué: "Han perecido." Este fué un golpe terrible para el corazon del general: sus facciones demudadas pintaban la amargura de su dolor. Apoyó el codo en el arzon de la silla y reclinó la cabeza en las manos. Sus ojos se humedecieron, pero mui en breve se recobró y volvió a su natural serenidad. El general se quedó con cuatro oficiales y seis soldados de los diez y nueve, y puso a los otros bajo las ordenes de Ortiz.

Al mismo tiempo el egercito de Liñan habia puesto sitio formal al fuerte de Los Remedios. Este sitio empezó en 31 de Agosto. Los barrancos y precipicios que rodeaban el fuerte, defendian a los sitiadores de las salidas y a los sitiados de los ataques. La infanteria enemiga se colocó en la parte opuesta de los barrancos y enfrente de las obras del fuerte, en puntos escarpados de los cuales uno solo era susceptible de ataque.

El enemigo no satisfecho con esto se atrincheró en todas sus baterias. Defendian su frente inmensos precipicios y su retaguardia nada tenia que temer de Mina, por hallarse en elevaciones en que no podia obrar la caballeria. El campamento principal del enemigo estaba en la llanura, al pie de la subida que terminaba en la entrada al fuerte. Desde esta posicion podian reforzar las obras del sitio, cubrirse de los movimientos de Mina e impedir las salidas de

la guarnicion por aquel punto. El de Pansacola era el unico por donde se podia salir del fuerte. El cuartel general de Liñan estaba colocado en la cima del lado opuesto al barranco enfrente de Tepeaca. El enemigo pudo con suma dificultad y gran trabajo poner en aquella cima una bateria de tres cañones y dos obuses, que incomodaban mucho a Tepeaca, pero, por la grande elevacion, no podian hacer daño a las otras obras. Los sitiados no habian previsto aquel inconveniente, creyendo que era imposible llevar artilleria a sitios tan asperos y elevados. El enemigo, sin embargo, hizo, poco tiempo despues, una escavacion en la parte del precipicio inferior a la bateria, en que puso un cañon cuyo fuego alcanzaba a las obras del fuerte entre Tepeaca y Santa Rosalia. En la parte del barranco que daba el frente a Santa Rosalia y La Libertad, el enemigo habia levantado dos baterias, una sobre otra, que alcanzaban a las obras de la fortaleza, de donde no distaban mas que medio tiro de fusil. En la primera habia tres piezas de artilleria de batir y dos en la segunda. A retaguardia de la ultima, en una pequeña llanura bien defendida por la naturaleza, habia un campo retrincherado con una pieza de artilleria. Detras de todos estos puntos, en una altura que los dominaba, se habia colocado un cañon de a doce y un obus. Esta posicion molestaba mucho toda la parte de Los Remedios, desde La Cueva hasta Tepeaca. Enfrente del costado descubierto de Pansacola, se habia formado otro campo con una bateria de dos cañones y dos obuses. A la izquierda de La Cueva, se pusieron despues tres cañones y dos obuses, que hacian fuego a retaguardia de aquella obra. Enfrente de todos los puntos por los que podia practicarse una salida, se distribuyeron piquetes que cortaban toda comunicacion con lo exterior. D. Francisco de Orrantia con un cuerpo de ochocientos hombres de infanteria y